

partes vapores, nieblas, ardientes emanaciones, corruptas y pestilenciales; desde el norte de Norumbeca ¹ y las playas de Samoyeda ², rompiendo sus prisiones de bronce, y lanzándose armados de hielo, nieve y granizo, de huracanes y torbellinos, los furiosos Bóreas y Cécias, Argeste y Tracias arrasan las selvas y trastornan los mares; saliendo de Sierra Leona con encontrado impetu el África y el Noto, impelen las negras nubes preñadas de truenos; y á través de ellos, no ménos airados, se precipitan de levante á occidente el Euro y el Céfiro con sus fragorosos colaterales el Siroco y el Libequio ³. Empezó pues la desolacion por las cosas inanimadas. La discordia, hija del Pecado, fué la primera que introdujo la muerte entre los irracionales por medio de una feroz antipatia, y se encendió la guerra entre bruto y bruto, entre ave y ave, entre pescado y pescado, devorándose unos á otros, olvidados de su pasto y perdido el temor al Hombre, de quien huían, ó á quien con gesto amenazador veían pasar, clavando en él aviesas miradas.

Asi tuvieron exteriormente principio nuestros males, que Adan pudo ya presenciar en parte, aunque acongojado por la pena, se ocultó en la más retirada oscuridad; pero otros mayores sentía dentro de sí; y en la lucha que traía con sus pasiones, procuraba desahogarse, exclamando:

« ¡Qué desventura la mia, despues de tanta felicidad! Este fin ha tenido para mí ese nuevo y glorioso mundo! ¡Y yo, que era la gloria de su gloria, y que gozaba de tal bienaventuranza, ahora me veo maldito! ¡Que tenga que huir de la presencia de Dios, cuando su vista era en otro tiempo mi mayor delicia! Y ¡si al ménos fuera éste el término de mis males! Merecidos los tengo, y justo es que pague lo que merezco; pero no sucederá asi, que cuanto coma, cuanto beba, cuanto proceda de mí, sólo servirá para perpetuar mi maldicion. ¡Oh! Aquellas palabras que ántes tanto me deleitaban, aquel *creced y multiplicaos* equivaldrá para mí á una sentencia de muerte. Porque ¿qué puedo yo multiplicar más que la maldicion que llevo sobre mi cabeza? Y de los que en las futuras edades sean mis sucesores ¿quién al considerar los males que de mí heredan, no execrará mi memoria?—Maldito seas, impuro progenitor! ¡Agradecidos debemos estarte,

(1) Norumbeca, territorio de la América del Norte.

(2) La Samoyeda estaba situada al nordeste de Moscovia, en el Mar Glacial.

(3) Todos estos nombres de vientos, antiguos unos, modernos otros, tan pronto latinos como italianos, no prueban en el épico inglés más que el intemperante deseo de dar á conocer su instruccion, prescindiendo de todo género de defectos é inconvenientes.

Adan! — Y sus gracias serán otras tantas imprecaciones. Á la maldicion, pues, que sobre mí llevo, deberán agregarse las que por una violenta reaccion me alcancen, que hallarán en mí su centro, y aunque estén en su esfera, me abrumarán con su pesadumbre. ¡Oh malogradas dulzuras del Paraiso! ¡Cuán caras me costais, adquiridas á precio de tantos males!

»Pero despues de todo, ¿te exigi yo, Creador Omnipotente, que me convirtieses de tierra en Hombre? ¿Te solicité para que me sacases de las tinieblas, ó para que me colocases en este jardin delicioso? Pues si mi voluntad no tuvo parte en mi existencia, lo justo y equitativo seria que me restituyeses á la nada, mayormente cuando mi deseo es resignar y devolver todo lo que he recibido, y cuando es tal mi incapacidad para cumplir con las duras condiciones que se me han impuesto á fin de conservar un bien que no he pretendido. ¿No es suficiente pena la pérdida de este bien? ¿Por qué has de añadir el sentimiento de una desventura eterna? Es pues inexplicable tu justicia, aunque á decir verdad, demasiado tarde para prorumpir en estas quejas. Hubiera debido rehusar tales condiciones, en el momento en que se me propusieron; pero ¡desdichado! si las aceptaste ¿cómo quieres gozar del bien y cuestionar sobre ellas? Dices que Dios te ha creado sin tu consentimiento: y si un hijo desobediente, á quien tú reconvinieses, te replicára: « Y ¿por qué me has dado la existencia cuando yo no te la pedia? » ¿aceptarias tú el menosprecio que hacia de ti y su insolente disculpa? No fué ciertamente creado por tu eleccion, sino por una necesidad de la naturaleza. Dios te creó por su voluntad y con el fin de que le sirvieses; la recompensa que te otorgaba era una pura gracia; tu castigo el que á su justicia plugo imponerte. Pues bien: sometido estoy; su sentencia es equitativa. Polvo soy, y en polvo he de convertirme. ¡Oh felicidad, cuando quiera que acontezca! Mas ¿por qué esta dilacion en ejecutar la pena el mismo dia que se ha dictado? ¿Por qué he de sobrevivirme? ¿Por qué ha de burlarse de mí amenazándome con la muerte, y reservándome un castigo perpétuo? ¡Con qué placer cumpliria yo mi sentencia de muerte y me trocára en tierra insensible, descansando en ella como en el seno de mi madre! Hallaría allí mi reposo, y dormiria tranquilo; no atronaría más mis oídos aquella tremenda voz; no abrigaría el temor de mayor desdicha, ni me atormentaría esta expectativa cruel de mi posteridad. Pero una duda me asalta aún. ¿Si será que no muera del todo, y que este puro aliento vital, este espíritu del Hombre, que Dios le ha inspirado, no llegue á perecer con

el barro de su cuerpo? Y entonces ¿quién sabe si yaceré en el sepulcro, ó en otro lugar no ménos terrible, y si mi muerte será todavía una especie de vida? ¡Horrible idea, si fuese cierta! Pero ¿cómo ha de serlo? Si lo que en mi pecó fué ese hálito vital, eso que vive y ha pecado será lo que haya de morir; pero verdaderamente el cuerpo no tiene parte en la vida ni en el pecado. Todo, pues, morirá en mi; resuélvase así esta duda, quedando tranquilo, dado que no llega á tanto el alcance humano.

» Y porque el Señor sea infinito en todo ¿ha de serlo también en sus rigores? Aun cuando así sea, el Hombre no lo es, y por lo tanto ha de ser mortal, pues de otra suerte, ¿cómo Dios ha de hacer objeto de su cólera infinita al Hombre, cuyo fin es la muerte? ¿Ha de ser ésta inmortal? Sería una contradicción tan extraña, que no es posible en el mismo Dios, porque argüiría, no poder, sino debilidad. Y por satisfacer su ira, al castigar al Hombre ¿había de llevar lo finito hasta lo infinito, pretendiendo saciar un rigor que nunca se saciaría? Valdria esto tanto como hacer extensiva su sentencia hasta más allá del polvo, de la nada, y de las leyes de la Naturaleza, la cual mide las causas por la energía de la acción que imprimen, no por el círculo de su propia esfera. Mas si la muerte no acabase de un golpe con todo lo que es sentir, como suponía yo, y fuese desde ahora para siempre un mal interminable, mal que empiezo á experimentar en mí, fuera de mí y por toda una eternidad.... ¡oh desdichado! Vuelve á espantarme este temor, y de nuevo combate con tempestuosos vértigos mi indefensa fantasía. Si: la muerte y yo somos incorpóreos: no sólo á mí, sino á toda mi posteridad alcanza la maldición. ¡Envidiable patrimonio os lego, hijos míos! ¡Oh! ¡Si me fuese dado consumirlo todo, y no dejaros la menor parte! ¡Cómo me bendeciríais por esta pérdida, en vez de maldecirme ahora! Mas ¿por qué ha de condenarse á todo el género humano, siendo inocente, por la falta de un sólo Hombre? ¡Inocente! ¿Lo es, cuando de mí nada puede salir que no sea corrupción, y espíritu y voluntad tan depravados, que no solamente estén dispuestos á hacer, sino á desear lo que yo he hecho? ¿Qué descargo han de ofrecer cuando comparezcan ante el Señor? Después de todo, yo no puedo ménos de absolverlos: todo este laberinto de vanos subterfugios y razonamientos en que me pierdo, me trae otra vez á mi convicción. El primero y el último á quien debe acriminarse, soy yo, sólo yo, raíz y origen de toda corrupción, y sobre mí debe recaer todo el castigo. ¡Ojalá que así sea!

¡Insensato anhelo! ¿Podrías tú soportar esta carga, más pesada que la tierra, más pesada que el mundo todo, aun cuando te ayudase á sobrellevarla aquella Mujer infame? De suerte que lo que deseas y lo que temes te da el mismo resultado; viene á destruir todas tus esperanzas de consuelo, y á demostrarte que eres un miserable, sin ejemplo en lo pasado ni en lo futuro, comparable sólo á Satan en el crimen y en el castigo. ¡Oh conciencia! ¡En qué abismo de sobresaltos y horrores me has sumergido! No encuentro camino alguno que me ponga á salvo, y de un precipicio doy en otro más insondable! »

De este modo se lamentaba Adán consigo mismo, en medio de la soledad de la noche. No era ya ésta, como antes de la caída del Hombre, templada, agradable y serena, sino húmeda, nebulosa y encapotada, que representaba doblemente terribles los objetos á la conciencia del criminal. Tendido en tierra, en la yerta tierra, maldecía mil veces la hora en que fué criado, y mil veces también acusaba á la muerte de lenta, desde que sabía que era la consecuencia de su culpa. « Muerte ¿porqué no vienes, decía, con triplicado rigor á acabar conmigo? ¿Faltará la verdad á su promesa, y no se apresurará á ser justa la Divina Justicia? No acude la Muerte á mi llamamiento, y la Justicia Divina no acelera sus tardios pasos, á pesar de mis súplicas y clamores. Bosques, fuentes, colinas, valles y arboledas: un eco de mi voz bastaba otro tiempo para que vuestros sombríos recintos me respondiesen. ¡De cuán diferente modo entonces resonabais! »

Al verle tan afligido la triste Eva, desde el sitio en que su pena la tenía prostrada, se acercó á él, y procuró con dulces palabras calmar su arrebatada furia; mas Adán la rechazó con aspereza, diciendo: « ¡Apártate de mí, malvada serpiente, que este nombre es el que te conviene como cómplice suya, no ménos falsa y odiosa que ella! Nada más te falta que su figura y color para descubrir tu traidora indole, para que en lo sucesivo se guarden de ti todas las criaturas y no se dejen deslumbrar de tu celestial apariencia, que oculta la malicia del infierno. ¡Ah, que sin tí, yo hubiera seguido siendo dichoso, á no haber tu soberbia é inquieta vanidad despreciado mis consejos cuando mayor era el peligro y empeñádotte en no creerme. Anhelabas ser vista del Demonio; te prometías vencerle; te engañó y se burló de tí, y yo engañado á mi vez, permitiendo que te alejaras de mi lado, creyéndote prudente, constante, experta y prevenida contra todo género de asechanzas, no conocí que tu virtud, lejos de verdadera, era aparente, y que la naturaleza te formó de una costilla corva, torcida, según

veo ahora, hácia el lado siniestro mio, de que saliste. ¡Si al ménos me hubiera visto privado de ella, porque sobraba entre las restantes! ¹

»¡Oh! ¿Por qué Dios, sábio Hacedor, que pobló los altos cielos de espíritus varoniles, introdujo en la tierra este sér nuevo, este bello defecto de la naturaleza, y no llenó el mundo de hombres, como lo está el cielo de ángeles, sin necesidad de mujer alguna? ¿Por qué no halló otro medio de perpetuar la raza humana? No hubiera dado lugar á esta desventura ni á las muchas que de ella han de originarse; que la tierra experimentará innumerables males por los artificios de la mujer y por la íntima union con su sexo; pues ó no hallará el hombre ninguna que le convenga, sino la que más desdichas y desaciertos le ocasione, ó la que desee le pagará en ingraticudes, entregándose á otro peor que él, y si le ama, se verá contrariada por sus padres, ó el logro de su mejor eleccion resultará tardío, y cuando quede unido con el vinculo que anhelaba, lo estará á una pérvida enemiga que sólo le proporcione aborrecimiento y mengua; de donde infinitas calamidades para la vida humana, y disturbios sin cuento, en lugar de la paz doméstica.»

Nada más dijo Adan, y se apartó de ella; pero sin mostrarse Eva ofendida, bañado el rostro en lágrimas que sin cesar corrían por sus mejillas, y suelto y desgreñado el cabello, postróse humilde á sus piés, y abrazada á ellos, imploró perdon exclamando:

«No así me abandones Adan: el cielo es testigo del sincero amor y respeto que te profesa mi corazón, y de que te he ofendido involuntariamente, por efecto de mi desdicha y del engaño que padeci. Apíadate de mis ruegos; abrazada estoy á tus rodillas; no me prives de lo único que es mi vida, de tus miradas, de tu proteccion, de tus consejos; que en el colmo de desventura en que me veo, no cuento con otra fuerza ni con otro apoyo. Si tú me abandonas, ¿de quién he de esperar auxilio, ni dónde podré vivir? El tiempo que nos dure la vida, que quizá sean breves momentos, haya al ménos paz entre nosotros. Participes ambos de esta comun afrenta, unámonos también en el odio contra el enemigo que nos ha impuesto nuestra sentencia, contra esa cruel serpiente. No me hagas objeto de tu aborrecimiento por una desgracia tan imprevista, cuando ya es segura mi perdicion, y cuando soy más miserable que tú mismo! Los dos hemos pecado, tú

(1) Creen algunos autores que Adan tenía *trece* costillas en el lado izquierdo, sobrándole una del número prefijado, de la cual fué formada Eva; y á esta opinion sin duda alude Milton.

sólo contra Dios, y yo contra Dios y contra ti. Volveré al lugar en que fui condenada; desde allí importunaré al cielo con mis lamentos; le rogaré que aparte de ti el castigo, y que caiga sobre mi sola, sobre mi, única causa de todos tus males, objeto único de su cólera!»

No la dejaron proseguir sus sollozos; permaneció inmóvil en su humilde actitud, hasta que el perdon que demandaba por una falta así confesada y de que estaba tan arrepentida, movió á compasion á su esposo, el cual sintió al punto inclinarse su corazón hácia la que há poco era su vida, su mayor delicia, y ahora estaba á sus piés sumisa y acongojada; bellísima criatura, que imploraba la indulgencia, el consejo, la ayuda del mismo á quien había desagradado. Él, como quien se encuentra desarmado, no teniendo en qué emplear su cólera, la levantó y consoló con estas afectuosas palabras:

«¡Imprudente! ¡con que otra vez, como ántes, vuelves á desear lo que no conoces, á desear que el castigo caiga sobre ti sola! ¡Ah! ¿sufirás el que se te imponga, puesto que no eres capaz de sobrellevar la ira de que has experimentado no más que una pequeña parte, y que tan insoportable te parece hasta mi disgusto? Si mis ruegos alcanzasen á atenuar el rigor de lo que está ya decretado, yo me apresuraria á adelantarme á ti yendo á aquel lugar, y levantando cuanto me fuera posible la voz para que cayese toda la maldicion sobre mi frente, para que fuese perdonada la fragilidad de tu débil sexo, que me estaba confiado y de que cuidé tan mal. Pero levanta: no disputemos más; no nos acriminemos uno á otro, que harto acriminados estamos ya. Procuremos, con el auxilio de un mútuo amor y ayudándonos uno á otro, aligerar el peso de la desgracia que nos abruma, porque el día de nuestra muerte que se nos ha anunciado, ó mi prevision es falsa, ó no llegará tan pronto, sino que será un mal lento, un morir prolongado, que haga mayor nuestra pena, y que trascienda á toda nuestra raza. ¡Oh raza desventurada!»

Y Eva, para inspirarle ánimo, replicó: «Sé, Adan, por una triste experiencia, cuán ineficaces son mis palabras para contigo, y cuán destituidas las juzgas de razon. ¡Oh! ¡y si lo acaecido poco há no las hubiera hecho además funestas! Sin embargo, á pesar de mi indignidad, alentada por ti, restablecida nuevamente en tu gracia y en la esperanza de recobrar tu amor, único consuelo de mi alma, que viva ó muera, no quiero ocultarte los pensamientos que la inquietud de mi ánimo me suscita, y que pueden aliviar nuestros males ó darles fin. Violentos y